

MIRIAM PALMA CEBALLOS

LA HUELLA DE LAS AUSENCIAS

UN RELATO SOBRE WALADA



Macleín *y* Parker

Edición original

2010

Primera edición en Macleín y Parker

Septiembre de 2017

Del texto

© Miriam Palma Ceballos, 2010

Del prólogo

© Adelaida Porras Medrano, 2017

De la portada

© Ángela Arias, 2017

De esta edición

© Macleín y Parker, 2017

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.5 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-947107-2-8

Depósito Legal: SE-1608-2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

PRÓLOGO



por Adelaida Porras Medrano

Conocía a Miriam Palma de vista y poco más hasta que, hace ya bastantes años, un afortunado y casual viaje en tren nos puso frente a frente en un vagón del AVE que une Madrid con Sevilla. Y he de decir que ese hecho fortuito fue, como en la famosa película, el comienzo de una gran amistad. Aquel trayecto supuso el punto de partida de una fecunda relación en la que poco a poco fuimos descubriendo con sorpresa que ambas transitábamos, sin saberlo, por senderos comunes y que nos unía una misma pasión: la escritura. Sin embargo y, a pesar de nuestras interminables y amenas conversaciones, la verdadera Miriam, la que se muestra desprovista de todo ropaje y deja aflorar lo que guarda en su interior para transformar las palabras en emoción, no se me reveló hasta que leí su *Walada*, ese relato en primera persona tejido con la urdimbre de la sensibilidad más intensa y teñido de los diversos matices de la melancolía más evocadora. Y cuando hablo de tejido lo hago sabedora de los significados que confluyen en este vocablo, pues la autora, como una moderna Aracné, no sólo ha entrelazando los hilos con los que ha dado forma a su novela, creando un entramado que atrapa al lector, sino que, al

hacerlo, ha recuperado —obra de filóloga, sin duda— la naturaleza etimológica del texto, derivado del *textum* latino, también origen, a su vez, de nuestro «tejido».

La huella de las ausencias nos transporta a la Córdoba del siglo XI, época y ciudad en las que vivió Walada, única hija del califa Muhammad III al-Mustakfi; amante del célebre poeta cordobés Ibn Zaydún; controvertida creadora poética y mujer adelantada a su tiempo. Con todo, y a pesar de que por la confluencia de estos datos pudiera parecerlo, no estamos ante una novela histórica, ni tampoco ante una historia de amor, aunque es cierto que la relación entre Walada e Ibn Zaydún constituye el epicentro de la narración. Sin embargo, la autora ha sabido evitar los senderos trazados y ha optado por abrir su propio camino, presentando un personaje de gran solidez psicológica que evoluciona dentro de un ambiente recreado con exactitud, pero al que nunca aplasta el peso de la erudición. Y creo, sinceramente, que éste es uno de los grandes aciertos de Miriam Palma, el haber sido capaz de cribar la inmensa documentación de la que disponía para incorporarla de forma medida y contenida a su relato. La autora utiliza estos datos de tipo histórico en tenues pero precisas pinceladas, casi imperceptibles a los ojos del lector, seducido por el clima poético de la narración, y hace de ellos un nuevo hilo de Ariadna con el que teje el texto, a la vez que nos guía por los laberintos de las callejuelas de la Córdoba musulmana, las estancias de sus palacios y los rincones de sus jardines.

La presencia de la urdimbre es, pues, constante, no sólo en la elaboración de la historia, sino en la propia historia

—hasta Walada cose sus poemas a sus vestidos y trenza sus cabellos con hilos de seda roja, por no hablar del «orgullo de mujer bordado» que da título al segundo capítulo—, de modo que la protagonista presenta el relato al lector como un tapiz tejido con la madeja de sus recuerdos que, al mismo tiempo, resulta ser confesión liberadora.

La narración tiene, por tanto, una estructura circular, ya que, en un alarde de sensibilidad poética, iniciamos su lectura sobrevolando Córdoba junto a Walada, hálito que se confunde con el viento, en la ensoñación febril de su agonía, para terminar acompañándola en su último viaje bajo las livianas alas negras de Azrael, camino, quizá, del paraíso de los amantes poetas. Entre ambos momentos, la autora ha sabido dar vida a un personaje cuya robustez psicológica le permite explorar los matices del alma humana a lo largo de las distintas etapas de la vida. Desde la infancia hasta la senectud, Walada goza de una gran realidad en sus actos y pensamientos. Miriam Palma no sólo ha creado un personaje sólido, sino que ha buceado en los meandros de su mente y ha sido capaz de empatizar con él, de modo que el lector tiene en todo momento la sensación de escuchar la voz de una princesa del siglo XI, sin reparar en la impostura convenida que supone toda ficción.

Walada, indómita ya de niña, elige el mundo de los hombres y por él decide transitar el resto de sus días. El dolor ante la pérdida de su padre, que le exige «deshilar la madeja» del pasado y «entretejer una nueva vida», afirma su carácter y la mueve a reunir en su casa a los poetas más renombrados del momento, con los que comparte

su pasión por la literatura. Las páginas consagradas a la unión con Ibn Zaydún reproducen el alborozo de la pasión correspondida, para detenerse luego en la amargura provocada por la traición. Especial mención merece la misiva que Walada escribe tras su desengaño y en la que se detiene en el análisis pormenorizado de sus sentimientos. Este largo pasaje constituye una auténtica joya en lo que al tratamiento psicológico de un personaje se refiere—del amor al dolor, del dolor al odio, del odio al orgullo, del orgullo al amor y de nuevo al dolor ante la pérdida irreparable—, a la vez que muestra el poder catártico de la literatura. No en vano estamos ante la historia de dos amantes poetas. En efecto, la ficción de la escritura dentro de la escritura, sabiamente entrelazada con el desarrollo de la historia, ahonda en el interior del personaje al que la autora ha cedido la palabra desde el inicio de la narración. Esta carta supone, además, una nítida frontera entre lo acaecido antes y después de la traición. Walada ya no será nunca la misma y así lo demuestra la última parte del relato, marcada por la profunda melancolía de una mujer que se encamina hacia la vejez y que busca una nueva finalidad a su vida. Si la relación con Ibn Zaydún dio lugar a una prolífica producción literaria, su pérdida favorecerá la creación de la escuela poética en la que la princesa instruye a sus discípulas menos favorecidas, acto altruista con el que intenta compensar el vacío de esa gran ausencia y de las otras muchas que vendrán después.

Un último aspecto que quisiera poner de relieve en esta breve introducción es la rotunda calidad literaria del texto. Miriam Palma es, ante todo, poeta y esta condición se

manifiesta en cada una de las páginas de su libro. Con un estilo preciso, claro y a la vez metafórico, desde el principio hasta el fin, la sensibilidad de la autora impregna la narración, a la que dota de una gran carga de sensualidad. En efecto, el lector se encuentra ante un relato que busca evocar sentimientos, pero también sensaciones. Salpicado por los escasos poemas conservados de los dos amantes, que se engarzan en el texto como en vida de Walada lo hacían en sus ropas, éste nos sumerge en un mundo en el que el goce de los sentidos ocupa un lugar preeminente. Perfumes, olores, sabores, suavidad de la piel ungida con aceites y del tacto de los ricos ropajes envuelven al lector y crean la atmósfera en la que vivieron los personajes que pueblan la ficción. Ha llamado de modo especial mi atención la evocación inicial en la que el espíritu de Walada se desliza entre las manos de la estatua que representa a los dos amantes, con la esperanza, vana, de que la repetición compulsiva de sus versos logre el milagro de la vida. La princesa no consigue su objetivo, pero la palabra no pierde su poder performativo y permite a la autora, artífice de esta estratagema genial, dar vida a su relato.